

ANGUITA, LA VIRTUD REPUBLICANA

DAVID HERNÁNDEZ CASTRO (*)

Muchos años después de los sucesos que condujeron a la proclamación de la Segunda República, un Franco ya septuagenario tuvo que afrontar una tarea bastante ardua: la de tener que justificar en sus memorias el papel que desempeñó en aquellos extraordinarios acontecimientos, pero además, la humillante circunstancia de haber pertenecido al grupo de militares que aceptó el de-

(*) Graduado en Filosofía y máster en Filosofía Teórica y Práctica. Ha escrito artículos, ensayos y colaboraciones en libros analizando la actualidad política, y abordando cuestiones relacionadas con la ecología social, la teoría de la acción democrática y la virtud republicana. En el año 2002 publicó, junto a Ignacio Ramonet, Pascual Serrano, Carlos Fernández Liria y otros, *Periodismo y crimen. El caso Venezuela*. Ha participado también en el libro colectivo *La filosofía ante el ocaso de la democracia moderna* (2013), editado por Ángela Sierra y Francisco José Martínez. Fue concejal de IU-Verdes en Molina de Segura y miembro del Consejo Político Federal. Es responsable de la Secretaría de Cultura y Formación de IU-Verdes de la Región de Murcia.

creto de 22 de abril de 1931, un decreto que llevaba la firma de Azaña y que obligaba a todos los oficiales que quisieran continuar en el Ejército a realizar una promesa de fidelidad a la República. Los militares que aceptaron, la inmensa mayoría, prometieron «servir a la República bien y fielmente, obedecer sus leyes y defenderla por las armas». Es decir, todo lo contrario de lo que él haría sólo cinco años más tarde. Así que, para salvar esa panoplia del honor castrense y salir airoso del juicio de la historia, Franco escribió en sus memorias una interpretación confusa y partidista de la caída de la monarquía¹, donde el enemigo consistía en una amalgama conjurada de «republicanos históricos, masones, separatistas y socialistas», entre los que, por supuesto, los masones brillaban con luz propia: «ateos, traidores en el exilio, delincuentes, defraudadores, infieles en el matrimonio». Pero lo cierto es que Fran-

1 Preston, Paul: *Franco, «Caudillo de España»*, Barcelona, 1998, p.100.

co, además de otras cosas mucho peores, hizo lo que para un militar de carrera es lo más indigno: traicionar a su país, conculcar las leyes y faltar a su juramento. Lo hizo además de una forma mezquina, rezagando su compromiso con los sublevados en tanto no se le garantizó a su familia una jubilación de lujo si la cosa no funcionaba, una indecisión que llevó a Sanjurjo a exclamar airado que «Franco no hará nada que le comprometa; estará siempre en la sombra, porque es un cuco». A lo que en otra ocasión se vio obligado a añadir que el alzamiento seguiría adelante «con o sin Franquito».

Esta anécdota, aludida por Julio Anguita en su conferencia sobre la España Federal, puede que carezca de la importancia de los grandes acontecimientos históricos, pero sirve muy bien para ilustrar la confrontación de temperamentos entre quienes dirigían ambos bandos de la guerra civil, y si a ello le añadimos el ligero equipaje con el que los republica-

nos partieron hacia el exilio, entre ellos Antonio Machado y el propio Manuel Azaña, sirve también para conocer la catadura moral de los vencedores y la gran dignidad de los vencidos. Ambas figuras de carácter no se disolvieron con el final de la guerra, continuaron protagonizando la represión y la resistencia contra la dictadura, y en un largo puente que atraviesa la Transición, la convergencia europea, la reconversión industrial y las huelgas generales, la corrupción y los crímenes de estado, el poder y la oposición, la alternancia política, las guerras, llegan hasta nuestros días y se encarnan en nuevos personajes que repiten el drama de la contradicción entre el pueblo y sus opresores. Hace años que el cuerpo de Manuel Azaña descansa en el cementerio de Montauban y el de Franco bajo los mármoles del Valle de los Caídos, pero la dignidad republicana del primero, y la mezquindad criminal del segundo, no sólo han sobrevivido al paso de los años

sino que constituyen las ineludibles referencias morales que deberán dirimir el drama de España. En medio de la actual vorágine de escándalos de corrupción urbanística, utilización partidista de los medios de comunicación, expoliación de los recursos naturales y saqueo del patrimonio común, nosotras, las personas republicanas del siglo XXI, tenemos la suerte de contar con una figura capaz de expresar lo mejor de la tradición republicana, el eslabón que ha dado solución de continuidad entre los viejos republicanos de la Segunda y los jóvenes que se preparan para auspiciar la Tercera República. Se trata, naturalmente, de Julio Anguita.²

Ser republicano hoy, y Anguita no se cansa de ponerlo en evidencia, no consiste en vestir una camiseta tricolor o en mirar al pasado con melancolía. Ser republicano significa tener y defender un

² Dejo a la imaginación del lector que ponga cara a quien mejor considere que encarne la otra corriente histórica que tiene un pie en el Valle de los Caídos. Le costará, como a mí, decidirse por uno.

proyecto de construcción republicana, estar dispuesto a participar en la puesta en marcha de una nueva comunidad de valores capaz de afrontar los viejos y nuevos retos de España. Ser republicano significa ser ciudadano en ejercicio, consciente de sus derechos y obligaciones cívicas, y estar resuelto a involucrarse, en la medida de sus posibilidades, en un proceso constituyente que conduzca a la transformación de nuestro sistema constitucional en un Estado Federal y Republicano. Porque para Julio Anguita no valen las medias tintas. Una cosa es no exigir demasiado a los que arriesgan mucho, y aquí tiene expresamente en cuenta las limitaciones que a veces imponen las condiciones laborales de los trabajadores, y otra bien distinta es obviar nuestra responsabilidad cívica para con el proceso de constitución republicana. Parafraseando un célebre comentario de Che Guevara, podríamos decir que republicanos son los que hacen la República.

Tuvimos la oportunidad de comprobar este despliegue de virtudes republicanas en las dos ocasiones que Julio Anguita acudió a Molina de Segura (Murcia). La primera de ellas fue en febrero de 1999, a propósito de la presentación del Plan Social de Empleo de Izquierda Unida ante los representantes de colectivos sociales y agentes sindicales de la Vega Media. La segunda fue en noviembre de 2006, durante el transcurso de una conferencia que pronunció en el Salón de Actos de Cajamurcia sobre la España federal y republicana.

Entre los ocho años que separan un acto del otro, muchas cosas cambiaron en nuestro país. Atrás quedaron Aznar y Joaquín Almunia, la peseta y la Europa de los 15, el Tratado de la Constitución Europea naufragado en aguas francesas y la presencia española en la guerra de Iraq. El mundo, y nuestro país tampoco, ya no volvería a ser el mismo de 1999, por eso los escasos puntos de anclaje que han

sobrevivido al discurrir de la historia son cada vez más importantes para una sociedad inmersa en un constante proceso de cambio y adaptación. Me alegra decir que el discurso de Julio Anguita es uno de esos puntos de anclaje, porque a pesar de los años transcurridos, de las diferencias contextuales y de forma entre ambas intervenciones, la palabra de Anguita se sigue entendiendo y actualizando por encima de modas y coyunturas políticas.

Quienes tuvieron la oportunidad de presenciar su primera comparecencia en Molina de Segura pudieron comprobar esta actualidad del discurso de Anguita incluso antes de que pronunciara la primera palabra. Acudía a nuestro municipio, a falta de tres meses para la celebración de las elecciones municipales, con el propósito de dar a conocer a los colectivos sociales y agentes sindicales de la comarca de la Vega Media nuestro Plan Social de Empleo, la alternativa de Izquierda Unida para la reactivación de

la economía y la creación de empleo estable y de calidad. Pero Julio Anguita nos sorprendió a todos con un gesto bastante inusual: en lugar de iniciar el acto con una larga exposición, se dispuso a... escuchar. Quería tomar nota y hablar de aquello que al público interesara.

Tras unos primeros momentos de desconcierto, en seguida los asistentes comenzaron a tomar la palabra para intervenir sobre la situación social y política del momento. En algunos casos se trataba de pensamientos en voz alta, en otros se interpelaba directamente a Julio Anguita para que aclarase alguna cuestión concreta. Después de media hora de preguntas y reflexiones, el Coordinador General tomó la palabra, como él mismo dice al principio, para profundizar en las causas de los problemas que los propios ciudadanos acababan de dibujar. Y durante otra media hora construyó el discurso que se ofrece a continuación, un discurso que naturalmente carece del

estilo que podría haber dado a una intervención escrita, preparada, pero que ofrece toda la claridad, brillantez y elegancia que sólo es posible encontrar entre los mejores retóricos de los parlamentos republicanos. Para conocer a Anguita es preciso leerlo en el Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, pero sólo escuchándole improvisar es cuando uno puede captar todos los matices de su pensamiento en acción. La intervención que a continuación se ofrece no es un discurso preparado, es un fragmento de la conciencia del autor hilvanado sobre las preguntas y reflexiones de las personas que le precedieron en el uso de la palabra. Y a diferencia del común de los mortales, Anguita no se confunde ni confunde cuando improvisa. Dice lo que quiere decir, con coherencia, claridad y sin pelos en la lengua.

En cuanto a la conferencia sobre la España Federal y la Tercera República, nos encontramos con un registro diferente.

Una vez liberado de las responsabilidades del máximo órgano de dirección de Izquierda Unida, Julio Anguita ha elegido emplearse a fondo en la cuestión republicana. Su proyecto, compartido por muchos, es iniciar un proceso de debate en la sociedad que pueda auspiciar lo que el llama «proceso constituyente» para un Estado Federal y Republicano. Demuestra conservar la misma capacidad de análisis de la que hizo gala ocho años antes, y en esas cuatro perlas que constituyen sus respuestas a las preguntas del público, encontramos de nuevo todo el ingenio y lucidez de un Anguita capaz de improvisar sobre los temas más variados sin perder la coherencia ni la elegancia expresiva. Y una cosa más: de la misma manera que en su intervención de 1999 Anguita acertó en su predicciones sociales, véase su anuncio de los recortes del Consejo Europeo de Berlín, o su clarividente «vienen tiempos muy duros», que el estallido de la crisis de 2008 no ha hecho

más que confirmar; también en noviembre de 2006 Anguita hizo un alarde de penetración analítica en su contundente respuesta a la pregunta sobre el proceso de paz en el País Vasco: «no hay proceso». Lo dijo, por si algunos no lo recuerdan, casi dos meses antes del tristemente célebre «estamos mejor que hace una año» de Zapatero. Con lo cual se demuestra que Anguita conserva cuanto menos la misma «barba de profeta» que el gran filósofo de Tréveris, Karl Marx, llamaba con humor «la corona de mi gloria»³.

Para terminar, unas palabras de justificación acerca del título del libro. El autor no escogió ninguno, pero una intervención suya del año 2011 en la fiesta del Partido Comunista hizo que esta expresión corriera como la pólvora por las redes sociales: «¡Rebelión!». Hasta tres veces, evocando al famoso «programa, programa, programa», Julio Anguita llamó a la rebelión después

3 *Carta de Karl Marx a Friedrich Engels, 28 de abril de 1882*: «Me he desecho de la barba de profeta, corona de mi gloria». Cf. Wheen, F., *Karl Marx*, trad. Rafael Fontes, Madrid, Ed. Debate, 2000, p. 348.

de trazar un airado panorama de las cosas que están ocurriendo en nuestro país. Sus palabras exactas fueron: «Si con lo que está pasando, si esto que tenéis delante ya no os mueve, entonces yo os diría solamente una cosa, y también me la diría a mí mismo: poneos de rodillas y que os terminen de pisar la cabeza. ¡Rebelión, rebelión, rebelión!». En realidad, esta proclamación no debería sorprender a nadie, porque Anguita es un pensador radical, en cuanto hombre comprometido con las reformas democráticas y en cuanto pensador que acude a la raíz de las cosas para resolver los problemas de su tiempo. A lo largo de las siguientes páginas, el lector encontrará cómo el autor construye su discurso como un alegato a favor de la rebeldía, a la que apela explícitamente en varias ocasiones. Su llamamiento podrá gustar más o menos, pero no deja indiferente. ¿Y qué otra cosa sino la indiferencia ha sido lo que ha permitido que la realidad social y política alcance el grado de degradación que

hoy conocemos? La clave del discurso de Anguita es la siguiente: la rebeldía, cuando no va precedida de la indignación, es una frivolidad que tiene que ver más con la moda que con la conciencia. El poder, dice nuestro autor, sabe canalizar la sangre que le hierve al muchacho de dieciocho años: «Sé rebelde y cómprate un disco que vale tanto, sé rebelde y ponte los pantalones vaqueros que son los de los rebeldes». «Ése —añade— no es un rebelde: es un ser domado, domesticado por el sistema económico». Por el contrario, el rebelde «es el que piensa con su propia cabeza y además se enfrenta al orden imperante». Anguita, en resumen, cuando llama a la rebelión, está diciendo dos cosas: primero, que la rebeldía, si no va precedida de la indignación, no pasa de ser una operación de diseño. Y segundo, no menos importante para nuestro tiempo político, que detrás de la indignación, viene la rebelión. O por decirlo con sus mismas palabras: «¡Rebelión, rebelión, rebelión!»